

## VIII Conferencia Santa Catalina

# Los musulmanes entre nosotros: el desafío de la alteridad

Queridos amigos:

Dudé en aceptar la invitación a dar esta conferencia, no sólo por la dificultad del idioma, sino porque es complicado acercarse a un tema que divide a la gente, que desata rápidamente la agresividad. Tengo una larga experiencia de conferencias y debates públicos, y sé que en Europa y en América del Norte se ha vuelto muy difícil hablar del Islam y de los musulmanes. He aceptado por amistad con los organizadores, porque tienen la valentía de abrir un debate público sobre este difícil tema. Ellos saben que he pasado la mitad de mi vida, más de 30 años, en el mundo musulmán: 10 años en Argelia, 15 en Egipto, muchas estancias en Irak, viajes por la mayoría de los países musulmanes, desde Marruecos hasta los países del Golfo, como Arabia Saudita. Me han invitado a dar una conferencia en Qom, Irán, "Vaticano" del chiísmo, y en Indonesia, el país musulmán más grande del mundo. Esta vida entre musulmanes ha marcado mi vida. Yo he sido feliz: descubrí países y gente interesante, me ha llevado a estudiar su historia, su cultura, hice amigos de verdad. También he sufrido: un amigo mío, Pierre Claverie, obispo dominico con el que viví en Argel y me ordenó sacerdote, fue asesinado hace 20 años. La editorial dominicana San Esteban publicó la biografía que le dediqué (*Una voz entre dos orillas*, 2012). En Irak, casi todos mis esfuerzos para fortalecer la presencia dominicana durante mis ocho años como vicario provincial, fueron reducidos a cenizas: restauramos nuestro hermoso y antiguo convento en Mosul a fin de abrir un noviciado para nuestros jóvenes hermanos iraquíes; casi todos ellos están ahora en el exilio. Hace unas semanas el Estado Islámico derribó nuestra iglesia en Mosul, y también nuestra pequeña casa en Karakosh, donde los frailes se habían refugiado después de la caída de Mosul. En Bagdad, tuvimos que pagar un rescate para prevenir el secuestro de uno de nuestros hermanos. He vivido también esto. No se imaginen, pues, que tengo una visión ingenua y conciliadora. Sin embargo, creo firmemente en la posibilidad del encuentro, creo en la fecundidad de la apertura al otro, creo en el beneficio de la alteridad, creo en la amistad más allá de las diferencias culturales y religiosas. Aún con fuertes raíces en el cristianismo, donde nací y me crié, con gusto asumo la frase de mi amigo Pierre Claverie: "Necesito la verdad de los demás". Esta tarde quiero compartir con vosotros este "sabor del otro", que dio tanto sabor a mi vida, porque es urgente que nuestra vieja Europa lo encuentre para no perder su alma.

### **1. ¿Cómo acercarse a la realidad del Islam en Europa?**

Empecemos con una observación obvia: el Islam da miedo. Asusta. En general, se identifica a menudo -con razón o sin ella- con la violencia, el fanatismo, el oscurantismo. El miedo aumentó cuando el Islam se trasladó aquí, a Europa, a nuestras ciudades e incluso al campo. Rápidamente fue manipulado con fines políticos. Vemos el tema del miedo al Islam, y al extranjero en general, en el auge de los movimientos y partidos xenófobos en muchos países europeos (España, afortunadamente, constituye una excepción). Hay mucha confusión e irracionalidad en todo esto, por lo que conviene comenzar con algunas aclaraciones.

*"Nos invaden los musulmanes"*

Este slogan lo escuchamos con frecuencia, aun entre personas que rara vez se encuentran con los musulmanes. ¿Qué es en realidad? Hubo una primera llegada de musulmanes a Europa en los años de post-guerra, cuando nuestra agricultura y nuestra industria necesitaban mano de obra. Sé muy poco sobre el caso de España, pero en Francia correspondió a los años de fuerte crecimiento económico, y el auge de la industria del automóvil. Esta generación, que venía

sobre todo de nuestras antiguas colonias (Argelia, Túnez, Marruecos) no tenía la intención de quedarse. Muchas veces poco educados, a menudo analfabetos, se integraron mal en la sociedad occidental. Al no encontrar oportunidades de trabajo en sus países, estos musulmanes se quedaron y trajeron gradualmente a sus familias. Entonces, surgió una segunda generación, que ha podido obtener la nacionalidad de su país de adopción. Más preparados, comenzaron a exigir derechos: derecho a la escuela, derecho a la salud, a veces derecho al voto. A pesar de una mejor situación económica, muchos siguen viviendo en los barrios pobres de nuestras ciudades, a veces en guetos. Actualmente, en cambio, estamos ante una nueva ola, más masiva y traumática: la llegada de refugiados, con frecuencia musulmanes, pero no siempre, huyendo de la guerra en muchos países (Siria, Afganistán, Somalia, Eritrea, etc). Esta ola de migración tomó una dimensión particularmente dramática en 2015, pues los refugiados que cruzan el mar por miles, y prosiguen el viaje a pie con las mujeres y los niños, corren el riesgo de quedar varados en una frontera antes de llegar a los países que desean, con frecuencia Alemania, donde hay mas trabajo, o bien Inglaterra, que heredó de su vasto imperio una gran tradición de apertura. Hoy Europa está rebasada por su incapacidad para manejar el problema. Trata de librarse de él, encomendando a Turquía -tan poco observante de los derechos humanos- el trabajo sucio de arrojar a los refugiados ilegales. Hay diversidad de situaciones: los inmigrantes legales llamados por nosotros para trabajar; los refugiados o inmigrantes ilegales que huyen de la guerra y la pobreza; los niños nacidos en la inmigración y que nunca han encontrado un lugar adecuado. Y las cuantificaciones que puedan hacerse siempre corren el riesgo de ser manipuladas. Antes de lanzarse contra una pretendida invasión de Europa por el Islam, es prudente hacer un estudio específico, y no confundir los problemas reales con los miedos irracionales.

*“Los musulmanes son fanáticos y violentos”*

Éste es otro slogan en labios de personas que a menudo no saben nada, pero que voluntariamente escuchan el llamado de partidos de extrema derecha que han creado un tema de agitación. Más triste aún es que también se oye en ambientes cristianos, alarmados por el colapso sociológico del cristianismo en Occidente, y que miran con preocupación el incremento de un competidor potencial. De nuevo debemos hacer aclaraciones.

La mayoría de los musulmanes de la primera generación eran practicantes discretos, que no tenían lugares de culto y oraban en garajes o sótanos de los edificios. Su Islam es un Islam tradicional, moderado, pío, apolítico, tal como se practica por parte de sus familiares en el norte de África. Esta generación puede describirse simplemente como de “musulmanes”. La generación de sus hijos, más educados pero mal insertos en la sociedad occidental, ha sido una oportunidad fantástica para los predicadores tradicionalistas de Arabia Saudita, o los Estados del Golfo, para difundir una ideología mas política que religiosa. El slogan de la Hermandad Musulmana, “El Islam es la solución”, permite catalogar como “islamistas” a quienes creen que el Islam debe regir la vida social: uso del velo, alimentos halal, etc. Muchos islamistas no son violentos. Son más bien legalistas, puritanos. Algunos pueden ser llamados salafistas, aquellos que quieren volver al Islam de los orígenes, un Islam idealizado y sin las mitigaciones posteriores. Los grandes nombres de esta corriente son el paquistaní Mawdudi, los wahabíes saudíes (wahabismo es un reformismo musulmán riguroso, fundado en Arabia en el siglo XVIII, que sirvió de catalizador para la unificación de la península arábiga por la dinastía Saud). No todos los jóvenes musulmanes de Europa entran en estas corrientes, pero los que entraron se convirtieron en prosélitos. Podemos denominarlos salafistas. Una parte de esa generación ha ido más allá y se ha radicalizado bajo el efecto combinado de su mala integración social en Occidente y del llamado de movimientos yihadistas nacidos durante la lucha contra la invasión soviética de Afganistán (Al Qaeda, con Bin Laden), en las diversas guerras del Golfo y ahora en los conflictos en Siria y Libia. Estos jóvenes musulmanes radicalizados piensan que es necesario

purificar nuestras sociedades corruptas: de ahí la convocatoria al yihad. Ellos son los que se inmolan en mortíferos atentados en Europa (Madrid 2004, Londres 2005, París 1995 y 2015, Bruselas 2016, etc.) por no hablar de ataques casi diarios en Bagdad, Karachi, Kabul. En resumen, hemos hablado de personas y tiempos muy diferentes y es indispensable informarse y distinguir antes de juzgar. Guardemos cuatro términos: musulmanes, islamistas, salafistas, yihadistas.

*“El Islam es intrínsecamente violento e incompatible con la democracia”*

Ésta es una tercera consigna, simplista pero especialmente difícil de contrarrestar en la opinión pública; en realidad pocas personas conocen algo del Islam, poca gente ha leído sus textos fundantes o conoce algunos musulmanes. En los debates se habla indistintamente de algunos pasajes violentos del Corán, del contexto guerrero de la expansión musulmana, y de la vida tumultuosa de Mahoma. Es innegable que el Corán contiene pasajes violentos. La Biblia también. Además, está claro que la revelación coránica se originó en un contexto histórico violento; la predicación monoteísta de Mahoma desencadenó una violenta oposición por parte de sus enemigos politeístas que lo obligaron a luchar y después a dejar la Meca hacia Medina. Es indudable que, al final, el Islam se extendió rápidamente desde Arabia hasta Andalucía en un modo no siempre violento, pero percibido como tal pues los nuevos amos estaban derribando los regímenes anteriores, por ejemplo el imperio bizantino. La pregunta debe ser más bien: ¿La religión musulmana tiene gérmenes violentos en sus genes, o la violencia sólo va ligada al contexto histórico de su manifestación y rápida expansión? Lo que es seguro es que millones de musulmanes encuentran en el Corán, el Hadith y la vida de Mahoma las bases de una verdadera vida de fe, piadosa, no violenta, marcada por el sentido de la oración, la sumisión a Dios, la caridad a los pobres. También está claro que la figura de Mahoma es más complicada que la personalidad de Jesús. Los fundadores del cristianismo fueron perseguidos, asesinados, y es la fuerza del mensaje de las bienaventuranzas y no un éxito político lo que ha conquistado el corazón de millones de personas.

Queda la cuestión de la interpretación de los textos fundantes. Sabemos que los cristianos interpretan los pasajes violentos en la Biblia colocándolos en un contexto, un género literario, etc. Ése es el trabajo de la exégesis crítica y de la hermenéutica. La tragedia del Islam es que el trabajo de interpretación, bien comenzado en los inicios por pensadores racionalistas, nutridos de la filosofía griega (mu'tazilites) fue pronto interrumpido y bloqueado durante siglos. Este trabajo se reinicia hoy, y el Islam en Europa, que cuenta con un contexto más democrático, podría ser una oportunidad de desarrollo. Pero ese trabajo es de los musulmanes.

Quise comenzar evocando estos tres clichés, para mostrar cuán necesarias son las aclaraciones si queremos hablar de forma inteligente y útil de la presencia de los musulmanes en Europa donde esta realidad suscita cada vez mayor preocupación y miedo.

## **2. Europa desorientada**

Si el futuro del Islam puede inquietarnos, también hay motivos para preocuparse por el futuro de Europa. En los últimos meses, hemos visto la impotencia de nuestros países para gestionar un fenómeno migratorio sin precedentes, y esta incapacidad no es principalmente por una falta de soluciones concretas -si bien es parte del problema-, sino por carecer de una visión, un ideal, principios y valores fundamentales. A pesar de varias cumbres europeas, diversos países han comenzado a construir muros, cercas de alambres de púas, para cerrar sus fronteras a pesar del acuerdo Schengen de circulación de las personas implementado desde hace años. Sin una visión clara en materia de migración, los gobiernos dejan el camino libre a los partidos de extrema derecha, algunos de los cuales proponen el rechazo radical de los extranjeros. La

actual crisis en Europa es mucho más grave que otras crisis (el mercado agrícola, el sistema fiscal europeo, etc.) ya que amenaza nuestros valores fundamentales. ¿Cuáles son éstos?

Un texto reciente de papa Francisco pronunciado en Roma el 6 de mayo de 2016 durante la entrega del Premio Carlomagno que recibió este año, nos recuerda tales valores. Habréis notado que el discurso ha despertado muy amplios comentarios en la prensa internacional, subrayando la urgencia de que una Europa exhausta, sin proyecto, recupere valores fundamentales que le permitan hacer frente a los retos de hoy y mañana. Cito al Papa:

“La creatividad, el ingenio, la capacidad de levantarse y salir de los propios límites pertenecen al alma de Europa. En el siglo pasado, ella ha dado testimonio a la humanidad de que un nuevo comienzo era posible; después de años de trágicos enfrentamientos, que culminaron en la guerra más terrible que se recuerda, surgió, con la gracia de Dios, una novedad sin precedentes en la historia. Las cenizas de los escombros no pudieron extinguir la esperanza y la búsqueda del otro, que ardían en el corazón de los padres fundadores del proyecto europeo. Ellos pusieron los cimientos de un baluarte de la paz, de un edificio construido por Estados que no se unieron por imposición, sino por la libre elección del bien común, renunciando para siempre a enfrentarse. Europa, después de muchas divisiones, se encontró finalmente a sí misma y comenzó a construir su casa.

Esta ‘familia de pueblos’, que entretanto se ha hecho de modo meritorio más amplia, en los últimos tiempos parece sentir menos suyos los muros de la casa común, tal vez levantados apartándose del clarividente proyecto diseñado por los padres... ¿Qué te ha sucedido Europa humanista, defensora de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad? ¿Qué te ha pasado Europa, tierra de poetas, filósofos, artistas, músicos, escritores? ¿Qué te ha ocurrido Europa, madre de pueblos y naciones, madre de grandes hombres y mujeres que fueron capaces de defender y dar la vida por la dignidad de sus hermanos?”.

¿Podemos precisar estos valores?

Europa como se ha construido desde el Tratado de Roma en 1957 y en las etapas sucesivas (Maastricht, etc.) es ante todo una gran victoria de la voluntad de paz en un continente que ha sido desgarrado por guerras durante siglos. Aun sin evocar las guerras napoleónicas, no se pueden olvidar las tres guerras entre Francia y Alemania (1870, 1914, 1939) y las guerras mundiales con sus millones de muertos. Después de tales horrores, algunos políticos inspirados como Konrad Adenauer, Jean Monnet, Robert Schumann, etc. tuvieron el valor de construir la paz. Había un deseo generoso de vivir juntos, una valiente opción de construir la paz. Una paz que ha sido construida básicamente sobre proyectos económicos comunes, pero no solamente. Pensemos en el flujo de la juventud entre las universidades europeas: el programa Erasmus, el proceso de Bolonia para la educación superior, proyectos industriales europeos como Airbus o la Agencia Espacial Europea (ESA), que logró enviar la sonda espacial Rosetta hacia un cometa, después de más de 20 años de colaboración científica. Eso es un valor europeo.

Europa comparte otros valores: una cultura de los derechos humanos, la hospitalidad y el derecho de asilo, que ha permitido que generaciones de inmigrantes se hayan establecido en Europa al huir de la guerra, la pobreza, la persecución religiosa. Una convención sobre el estatuto de los refugiados en Ginebra fue adoptada por los países miembros en 1951, poco después de la creación del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), pero Europa ya tenía una tradición de integración entre las poblaciones europeas antes de la apertura a otras poblaciones (italianos, polacos). Esto se ha vuelto parte, poco a poco, de los valores fundamentales de la “casa común” que es Europa, como lo destacó el

papa Francisco: “las raíces de nuestros pueblos, las raíces de Europa se fueron consolidando en el transcurso de su historia, aprendiendo a integrar en síntesis siempre nuevas las culturas más diversas y sin relación aparente entre ellas. La identidad europea es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural”. Francisco evoca “la amplitud del alma europea, nacida del encuentro de civilizaciones y pueblos, más vasta que los actuales confines de la Unión y llamada a convertirse en modelo de nuevas síntesis y de diálogo”. La descolonización de la década de 1960 también contribuyó a la apertura de Europa a otras culturas, cuando gente del Magreb y de África comenzó a llegar a los países europeos cuya lengua hablaban. Es verdad que la apertura se dificulta hoy por las masas de refugiados que se agolpan a las puertas de Europa, y por la presencia entre ellos de islamistas radicales que amenazan nuestra seguridad. Sin embargo, un cierre absoluto sería una amenaza para nuestra propia identidad. Cuando no hay espacio para el otro, para la alteridad, se corre un grave riesgo de aislamiento, y eso es lo que sucede actualmente en varios países europeos. Es urgente encontrar un enfoque razonable para el problema de los migrantes, que debe ser organizado, supervisado, e incluso limitado. Hay que mejorar la gestión de la población extranjera en suelo europeo, lo cual plantea cuestiones difíciles (el velo, los alimentos halal, etc.), pero cerrarse totalmente -por otra parte irreal- nos haría perder la identidad. “En efecto, el rostro de Europa no se distingue por oponerse a los demás, sino por llevar impresas las características de diversas culturas y la belleza de vencer todo encerramiento”, también dijo Francisco.

Entre los valores europeos adecuados a nuestro tema, conviene mencionar también la libertad y la posibilidad de un pensamiento crítico. Desde la Edad Media y el siglo de las Luces, Europa tiene una gran tradición intelectual donde el espíritu crítico desempeña un papel importante. La modernidad se define, en gran medida, por la autonomía de la razón y de la persona frente a los poderes políticos o religiosos. Ya he mencionado la dificultad que los musulmanes encuentran para desarrollar una percepción crítica de sus textos fundantes y de su tradición religiosa, lo que se debe parcialmente a que los intelectuales de esos países viven en contextos no democráticos. En Egipto, donde viví muchos años, ciertos intelectuales musulmanes debieron exiliarse porque comenzaron a reflexionar sobre la historia de la escritura del texto coránico, campo que la mayoría de las personas toma como una amenaza para el Islam. Los denominados “nuevos pensadores del Islam” a menudo desarrollan su pensamiento en los países donde gozan de más libertad. Escuchamos cada vez más decir que el Islam encuentra oportunidades para su desarrollo en los países donde no está sometido a opiniones públicas incultas o a regímenes autoritarios.

Estas sencillas consideraciones bastan para demostrar que Europa no puede limitarse a dar la espalda a los retos que plantea la creciente presencia de los musulmanes en su suelo. Sin duda, nos encontramos ante grandes problemas que resolver: la integración social y económica de los nuevos inmigrantes, la situación de las mujeres musulmanas en las sociedades occidentales, la libertad de conciencia -es decir, la posibilidad de cambiar de religión sin ser rechazado por su comunidad de origen-, las “adaptaciones razonables” (mestizaje, restricciones alimenticias, etc.). No abordar estas cuestiones, replegarnos sobre nosotros mismos, nos llevaría a peligros mayores y, en cierta forma, a perder nuestra alma.

Sobre este tema, cada país europeo se enfrenta a desafíos específicos y no tiene la misma historia que los demás. Es claro que España, que experimentó siglos de dominación musulmana, tiene una situación particular. El Islam es parte del trasfondo cultural de este país, para bien o para mal. Al-Andalus ha sido un buen ejemplo de convivencia cultural, pero la manera en que terminó (la expulsión de los judíos, la Reconquista, etc.) sigue pesando sobre la manera en la que vemos hoy estos temas. Juan Goytisolo escribió:

“Fueron los árabes los que hicieron apreciar en la Península la herencia griega y literaturas orientales, por lo que la España medieval se convirtió en el crisol de todas las culturas conocidas y Castilla difundió por toda Europa el gran saber clásico, de Aristóteles a Euclides, traducido por judíos en Toledo la Mora...

Más tarde, a mediados del siglo XVII, España se refugia en sus fronteras, y pierde interés por otros pueblos y otras culturas. Esta disminución con el tiempo empobrece la cultura española, mata la producción literaria que había surgido en un tiempo de mestizaje, de trasvase, de apertura fecunda hacia el exterior. Por su parte, el mundo árabe también había experimentado un empobrecimiento y un declive comparables dos siglos antes, una vez encerrado en sí mismo en un vano intento de preservar su pureza y autenticidad. Había dejado de absorber y transmitir la herencia griega, romana, persa, india, y de integrarlas a su propio genio.

Por eso estoy convencido de que, particularmente en el Mediterráneo, encrucijada de culturas y muchas civilizaciones, es absurdo buscar ‘identidades nacionales’ absolutas, basándose en un pasado mítico, falsificado, distorsionado, y negar las inmensas contribuciones de los otros pueblos. Hoy como ayer, la verdadera identidad es una corriente que nunca se detiene, alimentada por innumerables arroyos y ríos.”

### **3. Nostra Aetate: del encuentro al diálogo**

Lo que llama la atención en los clichés occidentales sobre el Islam es que, en general, la dimensión espiritual ha desaparecido. Sin embargo, el Islam es principalmente una religión, es una forma para más de mil millones de personas de estar en relación con Dios, orar y, me atrevo a decir, para santificarse, para crecer espiritualmente. Antes de buscar una perspectiva cristiana sobre la realidad del Islam entre nosotros, y qué diálogo se puede establecer con él, es importante corregir esta visión del Islam, ahora distorsionado por el peso de los problemas sociológicos y políticos. En Europa, el Islam es visto por primera vez por la mayoría de la gente como un “problema”, y su manifestación en el espacio social se analiza en primer lugar desde el ángulo político-social: ¿Pueden los musulmanes integrarse en la sociedad occidental, o no? ¿Son una amenaza para el orden público? ¿Es el Islam una amenaza para la juventud? Mantener este enfoque es no entender que el Islam, en origen y esencia, es una “religión”, una forma de relacionarse con Dios, orar y conducir la vida según preceptos deseados por Dios. Olvidamos fácilmente que la palabra *sharia* significa inicialmente “el camino”: el Islam así sería una manera de proponer a los hombres un camino para guiar sus vidas en el sentido de lo correcto. De manera similar, la palabra *yihad* que provoca tanto miedo. *Yihad* es principalmente un esfuerzo moral, espiritual, para vivir mejor de acuerdo a los mandamientos de Dios. Secundariamente toma el sentido de guerra, cuando la comunidad musulmana es atacada y necesita defenderse. Después de haber vivido durante décadas en el mundo musulmán, he sido testigo de la santidad de muchos musulmanes, que han encontrado en esta religión una forma de vivir bajo la mirada de Dios, conformando sus vidas a sus preceptos: la vida de oración, ritmada por cotidianas invitaciones; el continuo abandono a la voluntad de Dios, representado por la fórmula *El Hamdullah, Gracias a Dios*, cualesquiera que sean las circunstancias de la vida, venturosas o adversas. El franciscano de origen marroquí Juan-Mohamed Abd el-Jalil, convertido del Islam, de buen grado repitió que su conversión al cristianismo nunca representó un desprecio de los valores de la religión de sus padres. Esto lo explica en un bello libro titulado *Aspectos internos del Islam*. Entre los estudiosos occidentales del Islam contemporáneos hay uno, Louis Massignon, que ocupa un lugar especial al ser el primero que ha explicado que, para entender el Islam, uno se debe “situar sobre su eje”, es decir, tratar de comprender el Islam desde dentro, con empatía. Su obra principal es un estudio del místico musulmán Al-Hallaj, crucificado en Bagdad en 922. España también tuvo grandes eruditos de Islam místico como el padre Miguel Asín Palacios (1871-1944), que

escribió uno de los primeros grandes libros en lengua europea sobre Ibn Arabi, un gran místico andaluz nacido en Murcia en 1165: *El Islam cristianizado. Estudio del sufismo a través de las obras de Abenarabi de Murcia* (1931). No olvidemos esta dimensión espiritual del Islam.

Queda la pregunta: ¿Qué visión cristiana hay que tener sobre esta religión? No es fácil, porque, según el cristianismo, la revelación se ha consumado con Cristo. ¿Puede haber después de él una verdadera religión revelada? Para empezar, notemos que el mundo cristiano tardó mucho tiempo en tener un conocimiento preciso del Corán. La *Colección de Toledo*, traducción parcial del Corán encargada por el Abad de Cluny a mediados del siglo XII, cuando muchos de sus monasterios en España estaban en zonas dominadas por los musulmanes, estuvo disponible en forma impresa no antes de mediados del siglo XVI (1543 edición Bibliander), un siglo antes de la primera traducción completa al latín por Ludovico Maracci. Hasta entonces, el conocimiento occidental del Islam había sido deficiente y, a menudo en forma de clichés como lo muestra Norman Daniel en su libro *Islam y Occidente* (1960).

La Iglesia Católica no renovó su enfoque sino hasta la época del Concilio Vaticano II, gracias al trabajo de algunos pioneros: Charles de Foucauld (1858-1916), Louis Massignon (1883-1962), André Demeerseman (1901-1993), Georges Anawati (1905-1994), Jean-Mohamed Abd el-Jalil (1904-1979), etc. El proyecto de publicar un decreto sobre el judaísmo en el Vaticano II instó a los obispos orientales a proponer un texto sobre el Islam que estimuló la reflexión. En línea con la encíclica de Pablo VI *Ecclesiam suam* (1964), el Vaticano II adopta dos textos claves. En su § 16, *Lumen Gentium* dice: "Pero el designio de salvación abarca también a aquellos que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar los musulmanes, que confesando profesar la fe de Abraham adoran con nosotros a un solo Dios, misericordioso, que ha de juzgar a los hombres en el último día". El progreso doctrinal es importante, ya que dice que los musulmanes adoran al mismo Dios que los cristianos. Pero hay, en el punto de partida, importantes precisiones doctrinales: el Corán no es considerado por el Concilio como un texto revelado, o Mahoma como profeta en el sentido cristiano. La redacción de *Nostra Aetate* siguió profundizando la doctrina conciliar sobre el Islam. Tras subrayar la unidad de la humanidad (1), el texto ofrece una visión positiva sobre las religiones no cristianas: "La Iglesia católica no rechaza nada de lo que es verdadero y santo en estas religiones. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres..." (2). Notemos la expresión "un destello de la verdad". Luego viene una sección sobre el Islam: "La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todo poderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres". Cabe señalar aquí un vocabulario que se encuentra tanto en el Corán como entre los filósofos musulmanes y se selecciona para ser mejor comprendido por los musulmanes, a saber "el viviente y subsistente" (al-Hayy al-Qayyum, suras 2, 55 y 3: 2). Esta terminología pone en evidencia la implicación de los islamólogos católicos en la redacción. Consciente del peso del pasado, el texto añade: "Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes, el Sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren y promuevan unidos la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres". Se necesitaría toda una conferencia para analizar los textos o poner de relieve las consecuencias; basta con señalar el cambio de percepción.

Es notable cómo la renovación de la visión católica del Islam en el Concilio Vaticano II ha puesto en marcha una dinámica muy positiva de encuentro que se concretó en reuniones islámico-cristianas, por ejemplo en Córdoba en 1974. Los grupos de trabajo GRIC (Grupo de Trabajo entre Cristianos y Musulmanes) permitieron una mejor comprensión mutua. Pero esta dinámica se agotó después, tropezó con la falta de libertad o de preparación cultural de los

interlocutores musulmanes y, en última instancia, a partir de la década de 1980, con el surgimiento del Islam político, que es una forma de utilizar la religión con fines políticos e ideológicos. Dejamos de lado el Estado Islámico, que tiene una retórica religiosa superficial, pero es principalmente un proyecto de hegemonía política (la creación de un estado islámico). En cambio, el mundo musulmán y el Islam en Europa fueron marcados por las corrientes fundamentalistas mencionadas anteriormente: los Hermanos Musulmanes de Egipto, los diversos movimientos salafistas de Pakistán (Mawdudi) y Arabia. Una nebulosa muy compleja que los países occidentales deben ahora entender.

Los excesos actuales del Islam político, el drama de los cristianos orientales expulsados de su tierra y la presencia en Europa de una nebulosa yihadista en gran medida fuera de control, vuelven muy difícil tener hoy una visión serena sobre el Islam. No hablé mucho de “diálogo” porque para dialogar necesitamos palabras comunes y casi no las tenemos. He preferido hablar de “encuentro” entre musulmanes y cristianos, pues he tenido en mi vida esa bella experiencia.

### ***En conclusión***

La creciente presencia de musulmanes entre nosotros en Europa pone de relieve una de las paradojas del mundo actual. Los pueblos, cada vez más marcados por la globalización, que los acerca de diferentes maneras (información, viajes), están al mismo tiempo tentados de encerrarse, de regresar a identidades específicas cerradas al otro. La alteridad es un gran desafío de nuestro tiempo. Por otra parte, privarse del otro, de su diversidad, es confinarse a un mundo cerrado, que se empobrece. Atrevámonos a buscar en el humanismo europeo y en la visión cristiana sobre las religiones elementos para vivir el encuentro del otro como una aventura fecunda.

Madrid, 15 de junio de 2016

***fray Jean-Jacques Pérennès, OP***  
***Director de la Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén***